

Cuerpo y subversión

JORGE BRAVO

El solo argumento en contra venía de esa
rebelión silenciosa de la carne y los huesos..
George Orwell, 1984

El primer medio de comunicación masiva no fue el libro impreso, tampoco la prensa “de a centavo”, mucho menos el cine, la radio o la televisión. El mass media original nos es más próximo, nos pertenece desde siempre: es el cuerpo. Éste no sólo es la materia prima del arte más antiguo: la danza, sino un “vehículo” viviente de expresión y comunicación. Antes que el lenguaje, el cuerpo –ademanes, gestos, movimientos corporales– ya era capaz de “transmitir” mensajes cuyo código resultaba comprensible para otros. Desde un principio el cuerpo asumió funciones comunicativas vitales para una especie que se erigía en preponderante, en dominadora de la naturaleza. Así lo demuestran los procesos de hominización: desde la evolución del cerebro, la adquisición de la posición erecta y el desarrollo del lenguaje.

Pero la culturización de la humanidad se ha encargado de someter, de maniatar el cuerpo. La primera institución, la prohibición del incesto, lo explica. Pero el cuerpo siempre ha tenido una vocación subversiva. Es un contrapoder. Se emancipó de la naturaleza, de Dios y de los hombres, incluso de sí mismo por medio del suicidio; como el desesperado campesino coreano que se quitó la vida en el marco de la Organización Mundial de Comercio en Cancún.

El cuerpo posee una libertad innata, aunque durante siglos ha sido usurpada, reprimida: cadenas, grilletas, tenazas, horcas, hogueras, celdas, guillotinas, sillas eléctricas, mordazas. La historia de la tortura es un vasto catálogo de instrumentos y de técnicas para subyugar el cuerpo y la mente. Instituciones como la inquisición, las cárceles y el campo de concentración intentan doblegar la “rebeldía” tanto física como de pensamiento.

Los grabados del medioevo y renacentistas muestran el suplicio de la carne. Pero también los códices precolombinos: el pedernal o la obsidiana descenden desde el cenit en dirección al corazón. La crucifixión de Jesús o el descuartizamiento en “cien pedazos” que los chinos practicaban desde la dinastía manchú (1644) hasta la primera década del siglo 20. En todos los casos el cuerpo se muestra desnudo, o casi.

La desnudez ya no simboliza exclusivamente el castigo al cuerpo o su gozo sensual. La carne sin tapujos es también una forma de protesta, un panfleto, un mass media. La revista Playboy se extendió en los años sesenta como consecuencia de la liberación sexual de la clase media estadounidense: “El acto sexual, hecho en plenitud era un acto de rebeldía.”¹

No es extraño que el fotoperiodismo nos ofrezca documentos fidedignos donde el cuerpo ya no se inmolaba para la supervivencia de dioses o de élites en el poder, sino en nombre de sí mismo, como en los orígenes del homo. El holocausto ya no es para morir, sino para vivir. La fotografía como documento social, según

la expresión de Gisèle Freund, registra los instantes del “sacrificio” colectivo: un niño judío con los brazos levantados en el ghetto de Varsovia; otra niña –completamente desnuda porque se arrancó la ropa incendiada por el napalm estadounidense– huye entre alaridos por una carretera de Vietnam; un ciudadano chino se planta frente a una caravana de tanques en la Plaza de Tiananmen; manifestantes que ofrecen su pecho raso, con los brazos extendidos, al filo de la bayonetas, etcétera. Porque “los hombres tienen la libertad de hacer lo que su propia razón les sugiera para mayor provecho de sí mismos”,² y porque el ser humano tiene el derecho de defenderse cuando nadie más es capaz de hacerlo.

En pleno siglo 21 utilizar el cuerpo como medio de comunicación parece no ser la última opción, sino la única. Cuando las mujeres de los 400 Pueblos se desnudaron en el Monumento a la Independencia (cuyo ángel muestra los senos al descubierto y nadie se asusta por ello), la prensa calificó el hecho como “la degradación de la protesta”. Porque aquellos cuerpos adultos realmente ofendían, eran de un patetismo descarnado: senos colgados, de pezones oscurecidos, lonjas abundantes, piernas varicosas y un sexo que se ocultaba entre los pliegues de la piel. La noticia fue el desnudamiento y no las causas que lo propiciaron. Se habló de dignidad, de respeto, de inmoralidad, de pudor. Pero sí existió pudor: una de aquellas mujeres se cubrió el sexo con un periódico. Lo significativo no fue el gesto de cubrirse, sino que lo hiciera con una publicación: la mujer estaba informada. Por ello Nietzsche decía que “Sólo los bárbaros pueden defenderse”.

Los medios de comunicación se indignaron, y detrás de ellos algunos sectores de la sociedad mexicana. Pero sin comprender la magnitud y la significación del acto de desnudarse. Lo que aquellas mujeres “impúdicas” nos dijeron fue: “ya no tenemos nada”. Se trata, de acuerdo con Hans Magnus Enzensberger, de indicios de “guerra civil molecular”, a pequeña escala, de un “populacho”

armado con su propio ser, predispuesto a la violencia y al caos. “Y entonces llegaremos a la conclusión –afirma Enzensberger– de que la violencia colectiva no es más que la reacción desesperada de los perdedores ante su situación económica sin futuro.”³

Los “descastados”, los “paria” han encontrado en su propio cuerpo la forma de manifestarse y de alcanzar el reconocimiento político y social. Quienes hablan de “degradación”, de “tercermundismo”, de “retraso”, de que “los pueblos atrasados se acercan a la desnudez”, olvidan que el acto de quitarse la ropa como signo de protesta inició en las democracias occidentales, principalmente en Inglaterra y Estados Unidos. Las manifestaciones a favor de la diversidad sexual no son otra cosa que “poner el cuerpo por delante”. Los tatuajes son un tributo a la piel que los sostiene y un rechazo a la ropa como definición y status social. Para el terrorista musulmán que se viste de bombas, no existe otra posibilidad sino inmolarse para defender su tierra, su cultura, su religión, su “visión del mundo” y lo más elemental: su derecho a existir. Ya Maquiavelo había advertido la necesidad de que el pueblo contara con vías para “desfogar su ambición”.⁴



Sebastián



Las masas de jóvenes nihilistas (pero también campesinos, obreros, estudiantes, maestros), necrófilos, incrédulos del futuro, gobernados por el tedio, “prisioneros del odio”, invadidos por un instinto de muerte aparentemente irremediable y convertidos en carne de cañón, desatan su “guerra civil” cada 2 de octubre. Con cierto dejo de amargura, los intelectuales se rehúsan a desfilar en esta fecha porque -dicen- ha perdido “su sentido original”. En cambio hacen acto de presencia cientos de jóvenes rabiosos que responden con “intolerancia” a la intolerancia de un régimen autoritario. Pero el acontecimiento no es tan superficial: un rencor social los guía, posiblemente sin fundamento político y mucho menos ideológico, pero no por ello carente de significación. Con el cuerpo, es decir, con su existencia y su presencia, “atacan” a los emblemas del imperialismo: establecimientos de comida rápida, instituciones bancarias, empresas, fuerzas policiales... Con “armas” civiles (piedras, palos, graffiti, machetes, señas obscenas, lenguas, consignas) rompen cristales, destruyen casetas telefónicas, incendian patrullas, “estigmatizan” paredes, insultan a las autoridades. Luchan por todo y por nada. “En las noticias de la televisión (podrán) admirar al día siguiente los desmanes cometidos.”⁵ Cada una de estas “armas” son extensiones del cuerpo: del brazo, de la mano, de las uñas, de los dientes. “La manía destructiva en monos y hombres -asegura Elias Canetti- puede muy bien ser vista

como ejercicio de endurecimiento de la mano y los dedos.”⁶ La posición del pulgar en la mano del homo, le ha permitido al campesino empuñar el machete con el cual se manifiesta por las calles de la Ciudad de México para defender sus ejidos. Asimismo el puño en alto, o la “v” de la victoria, o el dedo medio extendido, o el brazo flexionado echado hacia atrás.

Marshall McLuhan fue uno de los primeros en hablar de la ropa como una extensión de la piel. Históricamente el atuendo ha sido una expresión no verbal de agitación política y social.⁷ Los escotes y la minifalda revolucionaron la sociedad en su momento. En ambos casos se trató de poner al descubierto el cuerpo humano, de liberarlo, de emanciparlo. La máscara, en cambio, oculta el rostro y lo dota de simbolismo. El pasamontañas de los zapatistas le ha dado una nueva identidad a los semblantes melancólicos y monolíticos de los indígenas, despreciados por tanto tiempo. Los rifles de palo demuestran que todo armamento es una extensión del brazo y de la mano, es decir, de donde realmente radica la fuerza: en Uno, en el yo, en el cuerpo.

Protesta es el nombre de una mixografía de Rufino Tamayo: es una silueta oscura como las sombras, con los brazos cruzados por encima de la cabeza y las manos crispadas; los ojos muy abiertos y los dientes pelones. El fondo es de un rojo chispeante, como el rescoldo, como la lumbre que habita en el seno de los carbones encendidos. Tamayo nos enseña que la protesta se ejerce con el cuerpo, con la entraña, con la vida y con toda la intensidad posible, como si nos devorara el fuego.

¹George Orwell, 1984, Ed. Tomo, México, 2002, p. 75.

²Thomas Hobbes, Leviatán, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 173.

³Hans Magnus Enzensberger, Perspectivas de guerra civil, Ed. Anagrama, España, 1994, p. 37.

⁴Nicolás Maquiavelo, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Ed. Alianza, España, 1996, p. 42.

⁵Hans Magnus Enzensberger, op. cit., p. 63.

⁶Elias Canetti, Masa y poder, Ed. Alianza, España, 1999, p. 214.

⁷Marshall McLuhan, Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano. Ed. Paidós, España, 1996, p. 136.